



TOMO IV.—NÚM. 21.

ANUNCIOS: á precios convencionales.

Número suelto, un real.

DIRECTOR: VALENTIN L. CARVAJAL.

Administración, Lepanto 18.

ORENSE.—SÁBADO 9 DE SEPTIEMBRE DE 1876.

AÑO III.—NÚM. 174.

SUSCRICION: tres pesetas trimestre

en toda España.

SUMARIO:—Preparaciones del manganeso, por A. Casares.—Ana María (cuadros de costumbres gallegas), por M. Murguía.—Copalra (cubato), por Jesús Muruais.—A Jesús (poesía), por J. A. Saco.—Exposición al Gobierno de S. M.—Sección local.—Anuncios.

#### SOBRE EL USO DE LAS PREPARACIONES DE MANGANESO.

Ninguno de los líquidos que existen en el cuerpo humano contiene mayor número de sustancias que la sangre; véanse los análisis que de este líquido se han hecho y se contarán á lo menos veinte y seis cuerpos diferentes, alguno de los cuales, conocido con el nombre de materia extractiva, es sin duda bastante complejo. Lleva la sangre á todas las partes del cuerpo lo que necesitan para su nutrición, y debe contener por lo mismo gran número de materias para dar á cada una lo que necesita. Sin que ahora pretendamos intervenir en las disputas que han agitado la medicina sobre la causa de las diferentes enfermedades, nadie dejará de confesar que la

falta de alguno de los principios que contiene la sangre, ó su aumento ó disminución respecto de los demás, cualquiera que sea el motivo de esta alteración, debe ocasionar dolencias mas ó menos graves; y si el líquido nutritivo no recupera lo que ha perdido, lo que le falta, no se conseguirá aliviarlas por ningun medio. Dos pueden ser las causas principales de que la sangre no adquiere lo que le hace falta para tener todos sus elementos en la proporción debida, ó que algun órgano no desempeñe bien las funciones de que está encargado, ó que los alimentos no contengan los cuerpos que la sangre necesita. Concretémosnos por ahora á esto último. Es cosa probada que nada se crea en el organismo: únicamente en él se producen combinaciones y descomposiciones; los elementos para ellas vienen de afuera: y si los alimentos no contienen todos los que el sér viviente necesita, su nutrición se verificará mal, y tal vez su vida será corta. De modo que, como ya en otro artículo de este periódico se

ha dicho, no solo las sustancias orgánicas son necesarias para sostener la vida, sino también las inorgánicas. Por consiguiente á la sangre de los animales llegan estas últimas absorbiéndolas en el tubo digestivo los vasos destinados á esta función, para lo cual deben hallarse disueltas en un líquido cualquiera, ó en tal es á lo que pueda disolverlas el jugo gástrico. Una de las aplicaciones que de este principio se ha hecho en la medicina ha sido la administración de las preparaciones de hierro en la clorosis; y en el mismo están también fundadas las observaciones que sobre los efectos del manganeso y sus compuestos acaba de publicar M. Hannon. Es cierto que aun antes de conocerse bien la composición de la sangre se usaban ya las preparaciones marciales; pero luego que se supo que aquella contenía hierro en su estado normal, y que su cantidad disminuía en algunos casos, fué fácil explicar los buenos efectos producidos por los compuestos de hierro.

En ninguna afección están más recomendados estos medicamentos que en la clorosis, y las análisis que se han hecho de la sangre de los individuos que la padecían demostraron que le faltaba hierro, cuya falta se procuraba reparar con el medicamento. Y el gran número de fórmulas propuestas para administrar este metal, en unas de las cuales se halla puro, en otras en estado de protoxido, en otras de tartrato, de citrato, de lactato etc. no tienen otro objeto que facilitar su absorción. Indudablemente los buenos efectos conseguidos por los preparados de hierro en la curación de la clorosis, autorizan á creer que obra aquí el metal más bien como reconstituyente que como tónico, pues los medicamentos que pertenecen á la última clase no producen tan buenos ni pronto efectos.

Segun Hannon no solo la falta del hierro en la sangre puede ser causa de la clorosis; se halla en el mismo caso el manganeso. Tan afines son estos dos metales (cuyos minerales se confundían hasta el siglo pasado, y se tenían todos como minerales de hierro, hasta que un químico sueco demostró que no era así descubriendo el nuevo metal manganeso)

que no debe parecer extraño que se halle también en la sangre unido al metal con quien tanta analogía tiene. Ambos se encuentran casi siempre juntos. Los minerales de manganeso contienen algo de hierro, los de hierro algo de manganeso; en las aguas ferruginosas se descubre la presencia de este: en las cenizas de las plantas en que se encuentra hierro rara vez deja de hallarse un poco de manganeso. Es verdad que en la mayor parte de las análisis de la sangre no se hace mención de este metal, lo que depende principalmente de la pequeña cantidad en que se encuentra y de que no es muy sencillo el método para separarlo del hierro. Con todo, Wurtzer había ya dicho que en algunos análisis la tercera parte del óxido de hierro que había obtenido, consistía en óxido de manganeso, y no debe dudarse que si su cantidad no es tan grande no haya á lo menos una pequeña parte, que por serlo no deja de ser importante.

Los efectos del manganeso sobre el hombre sano son, segun el observador citado, iguales á los del hierro: el uso del carbonato de manganeso continuado por espacio de quince días en dosis que gradualmente fué aumentando de 1 á 5 granos, le produjeron plétora sanguínea; y en vista de esto no vaciló en administrarlo á algunos anémicos, que con su uso se restablecieron en poco tiempo.

Son muy dignas de tenerse presentes y de repetirse las observaciones de Hannon respecto á las preparaciones de manganeso. Dice: «siempre que los medicamentos ferruginos en los casos en que están indicados, como en la clorosis, no curan al enfermo, empeoran visiblemente su estado, porque los glóbulos sanguíneos sobrecargados de hierro no podrán absorverlos, y el metal obstruirá las vías digestivas: entonces debe sospecharse que lo que falta á la sangre es manganeso, y con el uso de este metal se conseguirá desvanecer como por encanto el estado clorótico.»

De modo que, si son exactas las esperiencias de Hannon, la clorosis y la anemia pueden proceder de la disminución en la sangre de la cantidad de hierro ó de la de manganeso ó de la de ambos á la vez: en el primer caso los preparados

erruginosos son los medicamentos convenientes por su curacion; en el segundo son necesarios los de manganeso; en el tercero los dos unidos. La única dificultad con que se tropieza es que no hay un medio para formar el diagnóstico de estos diferentes estados anémicos, y que solo por tanteos puede llegarse á determinar su especie. Y como la mayor parte proceden de la falta de hierro convendrá empezar la medicacion por los compuestos ferruginosos, y si estos no producen buen efecto acudir á los de manganeso, ó á una mezcla de ambos.

Los preparados de manganeso que pueden usarse son los mismos que los del hierro; el óxido, el carbonato, el fosfato, el tartrato, el citrato, el yoduro, el cloruro etc.; y los compuestos solubles de manganeso tienen una ventaja sobre los de hierro, y es que pueden asociarse á otros tónicos incompatibles con las sales de hierro. La quina, el tanino y una porcion de medicamentos tónicos no pueden unirse con las sales de hierro sin descomponerlas formando, si el medicamento es líquido, precipitados verdes ó negros que cuando menos le hacen repugnante al enfermo por su color y falta de transparencia.

Las dosis en que deben administrarse los compuestos de manganeso son tambien las mismas en que se dan los de hierro; solo que su uso no debe continuarse por tanto tiempo como puede hacerse con los de este, pero que se asimilan con mas rapidez.

No concluiré estas indicaciones sobre las propiedades de las preparaciones de manganeso, sin llamar la atencion sobre la particularidad de que casi siempre se observa la presencia del manganeso en todos los puntos donde se halla el hierro. Las aguas minerales ferruginosas tanto las carbonatadas como las crenatadas contienen por lo comun algo de manganeso, pero su cantidad es pequeña, no puede apreciarse por los reactivos, y solo en el depósito que forman en los puntos por donde corren es donde se reconoce su presencia y se puede, aunque con dificultad, averiguar en que proporcion está con el hierro. Parece que la naturaleza ha sabiamente dispuesto que los dos metales que son

necesarios para constituir una buena sangre en los animales se encuentren asociados y esparcidos con profusion en todo el globo.

Antonio Casares.

## CUADROS DE COSTUMBRES GALLEGAS.

### ANA MARIA.

(Conclusion).

#### IV.

Aqui hubiera concluido, amigo Leon, si solo me hubiese propuesto darte una simple noticia, ó hacerte conocer una costumbre que se conservaba hace poco tiempo á dos pasos de tu casa, y que á pesar de que tú amas la poesia y las escenas poéticas, no la conocias ni aun de oidas. Quédame, sin embargo, algo mas que contarte, porque Ana-Maria fué una de esas mujeres que pasó ante mis ojos como una hermosa y blanca nube que se disipa sin que en su albo ropaje haya caido la mas leve mancha, pero dejando en mi corazon un indeleble recuerdo.

Tú conoces como yo el tipo de la mujer, en el pais, mejor dicho, en la comarca en que tienes tu antigua casa; por lo mismo mas de una vez te habrás encontrado con alguna aldeana en cuyo rostro se viesen las mismas hermosas facciones que en Ana-Maria. Era ésta delgada y ligera, de no muy grande estatura, bien formada, fuerte, en fin, tenia todas las condiciones de la Venus griega, en la cual nos quiso presentar el artista el tipo de la belleza y de la fuerza femenil. Apesar de que como la mayor parte de sus compañeras, andaba descalza, sus pies morenos, eran breves y nerviosos, las manos largas y de una belleza como no se halla entre las mujeres de la ciudad y cuyo modelo tuvo Rafael en su Fornarina; modelo que un pintor puede hallar facilmente en aquellas aldeanas de Galicia, que conservan purísimo el tipo romano. Sus ojos no eran grandes, mas su mirada era cariñosa y al mismo tiempo llena de firmeza; su seno levantado, la espalda redonda, la cutis de un moreno pálido, aunque animado por un leve carmin, el pelo en dos trenzas, el andar ligero, y la palabra pronta y viva, cosa no estraña entre nuestros aldeanos á quien sin conocerles, se les acusa de muchas cosas, y entre ellas de hablar siempre pausadamente. El traje no era de los mas pintorescos, la cercania de Portugal, dió á las mujeres de aquellos alrededores un traje no muy vistoso, sin embargo, ¡tal es el poder de la hermosura! el pañuelo de algodón azul, el dengue de paño negro, la saya de algodón azul tambien lo mismo que las medias que delataban la presencia del añil, que tanto usan en sus tintes por aquellos sitios, le daba todo, cierto aspect.

de severidad que le sentaba á las mil maravillas.

Una sola mirada me bastó para ver todo esto, y aquí se nota la insuficiencia de la palabra, pues solo el pincel puede dar una idea exacta de la belleza. Sé sin embargo que te agrada la descripción, y la de mujeres sobre todo, porque en ellas se vé claramente si el novelista comprendió con toda verdad el tipo que nos presenta, por eso y con riesgo evidente de que mis lectores pasen por alto estas líneas, las escribo para tí, que las leerás de seguro y con mas benevolencia que nadie hacia este desgraciado narrador, á quien una propension fatal arrastra hacia toda clase de descripciones.

W.

Acabada la comida, pasada la calurosa siesta bajo los álamos del río, me despedí de aquellas buenas gentes y volví á tu casa, encantado de la hermosa figura de mi aldeana. ¡Cuántas veces al salir al campo tomé maquinalmente el camino que conducía á la casa de mi huésped! No te diré, amigo Leon, que era el amor el que me llevaba, era sí una dulce costumbre cuya tiranía pesaba ya demasiado sobre mí. Durante los días que me robásteis mi libertad, con vuestras atenciones y fiestas improvisadas y en las cuales gocé por completo de esa alegría espontánea y bulliciosa, de la cual solo se goza, cuando el corazón está libre, hubo momentos en que su recuerdo me hizo daño, no por mí ciertamente sino por Ana-Maria á quien mi ausencia debía causarle una impaciente ansiedad. ¿Por qué? dirás. Nada nos habíamos dicho, nada habíamos pronetido, no éramos en apariencia uno para el otro, mas que dos personas que se encuentran en la soledad de los campos y hablan de lo primero que se ocurre para entretener el tiempo; sin embargo, ¿no hubiera sido mas leal que no volviera á aparecer por aquellos lugares? En esa indiferencia y confianza ¿no habia entre dos almas jóvenes mas peligros que en las vanas frases de una pasión á que se quiere dar vida? Yo no sé lo que seria para ella, pero puedo asegurarte, que en las orillas de tu río y bajo la sombra de sus inmensos álamos tuvo lugar, cuando menos, una escena de verdadero amor. Que este amor fuese hijo de la casualidad y la costumbre, que el demonio de la soledad hubiese soplado sobre él, que lo avivase el aguijón de la curiosidad, en fin que por ser el primero que levantó su vuelo en el corazón de la joven; tomase formas apasionadas, nada te diré. Tal vez hay momentos rápidos y pasajeros en que se ama á una desconocida sin saber por qué y como no se vuelve á amar otra vez: vivos y fugitivos rayos de pasión que conmueven nuestra alma, y en uno de esos momentos nos hallábamos Ana-Maria y yo, aquella tarde de Octubre en que fui á decirle adios para siempre.

IV.

Todo consentaba admirablemente para que

lo que iba á pasar nos conmoviese de una manera profunda.

Era una tarde suave y preciosa de Otoño, poníase el sol y tenía con sus reflejos las ondas del río, los álamos tenían el color seco que ama el pintor de paisaje, y en los aires se respiraba no sé que aliento embriagador. Cuando llegué, ya Ana-Maria me esperaba y un rayo de dulce tristeza iluminaba su rostro, dándole un encanto mas. Estaba de pié y recostada contra el tronco de un álamo, semejante á Velleda, pronta á cortar la rama de la sagrada encina. A sus piés se movía apenas al paso de las ondas, la sencilla *dorna*, construida con o la mayor parte de las embarcaciones que han de bogar en corrientes ignoradas, el tronco de un árbol cuadrado y preparado groseramente para cortar las aguas, hé aquí la *dorna* de aquella parte del río, la cual tiene harta semejanza con la canoa del indio.

Nos sentamos cercanos á la corriente, nos entretuvimos en ver las palomas que venian á beber en el remanso y por ultimo embarcamos en la *dorna* que bogaba lentamente hacia donde las aguas. Fué aquella escursión una de las mas bellas, de las mas tristes, de las mas queridas, de las mas puras de mi vida! y solo temia á que una palabra indiscreta viniese á turbar tanta dicha. Yo la contaba escenas de un mundo para ella ignorado y ella ponía gran atención á cuanto se referia á mis pasados amores.

¡Cómo me miraban sus ojos de una dulce y viva y celosa manera! Ay! mi corazón no puede recordar tanta felicidad sin sentirse abrumado bajo su peso!

Hubo un momento en que la soledad, el manso murmurio de las aguas, el ruido de las hojas que caian, un viento un tanto frio que anunciaba ya el invierno, y que dando mas vigor al cuerpo lo dá asimismo á las pasiones hirieron demasiado la virgen imaginación de Ana-Maria que inclinando la cabeza y fijando la distraida mirada en las aguas en que se reflejaban los rayos del sol poniente, permaneció largo rato en silencio. Yo la miraba y me parecia en su éstaxis y vista de perfil una virgen del renacimiento. Y en tanto la *dorna* se dejaba arrastrar lentamente por las aguas y el ocaso se adornaba con sus mas vivos colores, y los álamos que se reflejaban en la corriente, tomaban el rayo del sol color caliente que solo dá el sol de otoño á sus ocasos.

—En qué piensas? le pregunté.

—Me hacia á mi misma una pregunta cuya contestacion me dá miedo.

—¿Qué pregunta?

—Me decia si seria posible que volvieses á amar, como dices que has amado á esa mujer.

—Es eso todo? pregunté acercándome á ella y mirándole al rostro que se tiñó del mas vivo carmin.

—Ay! no!—respondió temblorosa.

La cogí la mano y la atraje dulcemente hacia mi lado.

—Ana-Maria, murmuré con tristeza, ¿te acordarás de mí?

Como si aquellas palabras tocasen un resorte, la pobre aldeana se estremeció, miróme fijamente, y despues se arrojó en mis brazos, llorando, sollozando, gritando:

—No! no! no!

## VII.

Leon, Leon dónde están ya nuestras amantes? están ya en la tumba, como dice el poeta.

Où sont nos amoureux?

Elles sont au tombeau.

Manuel Murguía.

# CLEOPATRA.

## II.

Entremos ahora en la *Casa-Grande*, como por antonomasia llamaban en la aldea al edificio de que dejamos hecho mencion y tendremos así ocasion de conocer á algunos personajes del relato.

En un vastísimo salon, cuyas vetustas paredes adornan algunos retratos de familia alternando con varias estampas devotas y un árbol genealógico bajo cuya sombra hubieran podido cobijarse en el desierto las doce tribus de Israel, se encuentran reunidas tres personas que amistosamente departen en el ángulo mas apartado, y por consiguiente mas fresco del salon. Una de estas personas, es la jóven que acabamos de ver, y las otras dos, el cura y el escribano de la aldea.

Cleopatra Moscoso, es el nombre que debiera tener en la aldea nuestra jóven y decimos que debiera tener, porque la pronunciacion rebelde de los campesinos, daba lugar á que sufriendo las mas extrañas, metamorfosis al pasar por sus labios hasta el punto de que la gran mayoría de ellos, preferia valerse de todas las perifrasis del mundo á llamarla directamente por un nombre *tan poco cristiano*.

La figura de Cleopatra, no correspondia á su nombre. Pequeña y desgarbada, mas bien que una mujer de veinte y cuatro años parecia una de esas feas y toscas muñecas que llevan á vender á Nuremberg los pastores de la Selva-Negra. Su cara angulosa y prolongada parecia, efectivamente, haber sido trazada por el cuchillo de uno de aquellos artistas de la montaña, tan torpe como caprichoso. Unos ojillos grises, que solo la ira lograba animar con un destello de vida: una nariz *pentágona* como diria Edgardo Poe, una boca ancha y sinuosa, he aquí los principales elementos de aquella ingrata y casi repulsiva fisionomia. Añadid á todo esto unos brazos largos y delgados que cumplian con harta dificultad la mision de sostener sus pesadísimas manos, y unos piés de estatua asiria y tendreis la imagen de aquel rudo é imperfecto bosquejo femenino.

Debemos, sin embargo, apresurarnos á abrir párrafo aparte para consignar que sus

dientes eran tan blancos como negros sus cabellos y unos y otros de incomparable hermosura. En aquella figura, estas no previstas bellezas, producian el mismo efecto que una guirnalda de delicadas flores de salon abandonada en un matorral.

Respecto á su traje, diremos solamente que estaba suscrita á tres ó cuatro periódicos de modas y poseia un tacto exquisito para elegir en ellos todos los adornos mas armónicos con su fisionomia, los menos á propósito para embellecerla.

Hija única de un mayorazgo, que mató á golpes á su mujer, y á la que solo sobrevivió ocho dias aburrido por no saber en que emplear las horas que consumia en tan conyugal pasatiempo, encontróse Cleopatra Moscoso, huérfana á los doce años, confiada á una hermana de su padre, devotísima señora que creia satisfechas todas sus aspiraciones cuando lograba confeccionar alguna nueva golosina digna del delicadísimo paladar de su director espiritual.

Como era natural, la educacion de la señorita Cleopatra, se resintió enormemente de tales circunstancias. A los catorce años, distinguia muy mal las letras del alfabeto, pero en cambio, discernia perfectamente las diferencias que existen en un nido de pardillo y otro de *pim pim*. Cogia las moscas al vuelo con una destreza infinita; con no menor habilidad, sorprendia á los lagartos en los muros del parque; subia á los cerezos con facilidad suya, pero, mas discreta que la heroina de la poesia de Victor Hugo, no bajaba á depositar el rojo fruto en los labios de ningun muchacho, sino que la comia ella misma. Asi vivia, arisca y traviesa como un gorrion, libre y alegre como una nebatilla, hasta un dia cien veces infausto para ella, en que vino á alojarse en la Casa-Grande, un señor de raído traje negro, cuyo rostro desaparecia bajo unas enormes antiparras verdes. La vista de este personaje produjo en Cleopatra un terror vago é instintivo que se consolidó al saber que el Sr. Atenágoras, era el preceptor encargado de poner término á las dulzuras de su vida aventurera. Desde aquel momento, trabóse una lucha sin trégua entre la mansedumbre didáctica del pobre D. Atenágoras, y la ardiente viveza de su discipula. Aquella lucha dió por resultado, que la señorita Cleopatra, llegase al cabo de seis años á rezar la salve en latin, conseguido lo cual, el bueno de D. Atenágoras, se creyó en el derecho de morirse, satisfecha la conciencia y libre el corazon de todo género de resentimiento por las mil y una barrabasadas de su alumna. Despues de su muerte, que Cleopatra lloró sincera y amargamente, dedicóse ésta á perfeccionar por sí misma su educacion leyendo alternativamente *La perfecta casada* y las novelas del folletin de la *Correspondencia*; las obras de Sta. Teresa y el *Almanaque de los chistes*.

En cuanto á su carácter, era este un problema tan insoluble como el del movimiento continuo, entre paréntesis, la fórmula mas

gráfica que pudiéramos hallar para calificarlo.

En efecto, la perpétua movilidad era el distintivo más culminante de aquella naturaleza.—Una anécdota, entre mil, nos servirá mejor que un discurso para retratarla.—Un día, riñó ásperamente á un médico porque se permitió cogerla una mano entre las suyas vírgenes de toda ablucion desde remotísima fecha. Al día siguiente, sentóle á su mesa y no quiso probar los manjares sino de su mano. Por espacio de ocho días cumplió esta singular penitencia con el aire más natural del mundo.

No proseguiremos el comenzado análisis. Solo si haremos constar para la mejor inteligencia de esta historia, que el carácter de Cleopatra Moscoso habia sufrido ciertos cambios inexplicables, en corto intervalo de tiempo. Haría cosa de un mes que á la expresion de ordinario severa de su semblante, habia substituido en una afectuosa sonrisa en aquellos treinta días, no habia maltratado ni una sola vez á su perro, ni dado una sola respuesta altiva á sus arrendatarios.—Una mañana, la encontraron en el jardín llorando ante un rosál derribado por el tiempo.—Otra rareza más extraña todavía. A pesar de que atendia más que nunca al adorno de su persona, habia hecho cubrir con una espesa gasa todos los espejos de su mansión.

Digamos ahora dos palabras acerca de los contertulios de Cleopatra.

El cura, recién venido á aquella parroquia era un anciano aragonés sencillo y afectuoso, que demostraba en su trato no ser exagerada la fama de patriarcal llaneza de los moradores del Moncayo. No tenia más defectos que estos dos, tomar tabaco en polvo con deplorable frecuencia y preferir á la lectura del Breviario, á de las obras de amena literatura.

En cambio el escribano profesaba mortal antipatia á los libros impresos, y en sus largas discusiones con el cura acerca de este asunto, concluía por decir que el hacer versos debía mirarse por el código como una circunstancia agravante y hasta predisponente á toda clase de delitos.

A pesar de todo, ambos se estimaban recíproca y cordialmente.

**Jesus Murnais.**

(Continuará).

## Á JESUS.

—«Venid los que en yugo gemís ominoso  
Del crimen, ajenos de paz y quietud:  
Benigno es mi yugo, del alma reposo,  
El plácido leño tomad de mi cruz.»—

¡Oh vívido acento! ¡Dios sumo! yo anhele  
Doblar á tu yugo mi indócil cerviz;  
Por él libre arráncame ¡ay! de éste que al suelo  
Mi débil espíritu encorva infeliz.

Errante, perdido tras falsos fulgores,  
Tu luz, **Jesus** mio, tu paz olvidé:  
Y en sendas mullidas de pérfidas flores,  
Espinas de acero rasgaron mi pié.

¡Ay! ábreme ahora benignos tus brazos,  
Descienda, á los ayes del reo, el perdon:  
Escucha del siervo cargado de lazos,  
Del prófugo siervo la tarda oracion.

¡Ay Dio! ¡sólo en llanto, gimiendo de hinojos,  
Mis deudas pagarte, sin cuento, sabré?  
Diadema á tu frente ceñí yo de abrojos,  
Tus palmas divinas sangriento clavé.

Más ¡ah! ¿no plantaste la cruz dolorosa  
Cuál árbol de vida, fanal de salud?  
El rayo no vibres, que huyen lo medrosa  
Tus iras el alma, se acoge á tu cruz.

Si el cieno del crimen el pecho amancilla,  
¿No corre abundoso tu rojo raudal?  
Cuál iris que augura bonanza ¿no brilla  
En curva borrasca, tu cruz celestial?

Y en ella tus brazos piadoso me tiendes,  
Tu cárdeno lábio me brinda el edem.  
Y al orbe cobijan las ramas, do pendes,  
Del árbol sangriento plantado en Salein.

¿Quién? ¡ah! **Jesus** mio, ¿qué pena, qué gloria  
Podrá, dulce dueño, partirme de Ti?  
Grabada en mi seno tu tierna memoria,  
Tus piés abrazando, morir quiero aquí.

¡Atrás, ruda lanza, que al Dios de la vida  
Feral llaga abriste de amor y dolor,  
Aparta, y sediento mi lábio en la herida  
Arrime, do hierve de un Dios el amor.

Allí, donde brota la vena que inunda  
De gozo los cielos, yo abréve mi sed:  
En Ti, **Jesus** mio, vid siempre fecunda,  
Renazca yo, mustio sarmiento, otra vez.

¡Oh cruz, de Dios trono, cadalso do asoma  
De afrentas cercada la eterna virtud!  
¡Feliz quien tu yugo dulcísima toma  
Cuál prenda, en sus hombros, de dicha y quietud!

A ti siempre asido, bordon de amargura,  
Las flores yo pise del mundo falaz:  
Contigo triunfante, me encumbre á la altura  
Do ostenta el Dios bueno su cetro de paz.

**Juan A. Saco.**

## EXPOSICION AL GOBIERNO DE S. M.

Segun hemos prometido en el número anterior, publicamos la exposicion elevada por los alumnos de la Universidad de Santiago al Gobierno de S. M., solicitando el restablecimiento del Doctorado en las facultades de Derecho, Medicina y Farmacia, y la licenciatura en las de Ciencias, Filo-

soria y Letras, cuya medida veríamos con satisfacción pues vendría á realizar las justas aspiraciones del país gallego, manifestadas ya en varios números de nuestra *Revista*.

Señor: Los que suscriben en representación de los alumnos de esta Universidad, con el mas profundo respeto se acercan al trono de V. M. á fin de exponer: que el restablecimiento del Doctorado en las facultades de Derecho, Medicina y Farmacia, y de la Licenciatura en Filosofía y Letras, y Ciencias, es tan equitativo y necesario para Galicia, que no pueden renunciar al vivísimo deseo y á la segura esperanza de obtener este feliz resultado, mediante el favorable informe de los Consejeros de la Corona, y la benévola acogida de los altos poderes del Estado.

No son los móviles que nos animan en tan levantado proyecto, ni una pretension quimérica, ni una vana ilusión, ni menos aun, el deseo egoísta de que adquiriera nuestra Universidad una importancia de que ya disfruta, gracias á su brillante historia y al exacto cumplimiento de la disciplina académica; sinó que por el contrario reconoce por fundamento nuestra petición, el inmenso debido á or que profesamos al país, la imposibilidad en que se hallan la mayor parte de completar sus estudios en la Universidad de Madrid, la situación y aislamiento en que nos hallamos respecto de la capital de la Nación, y por último el legítimo deseo de ver premiados los costosos esfuerzos y los heroicos sacrificios que llevó á cabo el pueblo gallego en aras del bien del Estado.

Y en verdad, Señor, causa honda pena, y contrasta profundamente el ánimo, considerar que en tiempos calificados de ignorante centralización, se conferían aquí todos los grados, y desde esta escuela se ascendía á los mas elevados puestos, mientras que hoy nos vemos privados de estos importantes beneficios, y ni aun podremos aspirar á ser catedráticos de Instituto en las provincias de que somos hijos. Esta conducta podría calificarse de indiferente, si la viésemos aplicada á esos centros científicos, creados al calor de la revolución y sostenidos por bastardos intereses de partido, mas no podemos explicarla satisfactoriamente, tratándose de la ilustre escuela que conserva con orgullo el nombre de tantos sábios, que han obtenido siempre el primer lugar en la república de las letras.

Pero no es esto solo, sino que hay además otras razones demasiado graves y poderosas, que sirven de apoyo á tan justa petición. Galicia es una de las provincias que cuenta con menor número de recursos, absolutamente necesarios para dar honroso término á las carreras literarias. No contamos aquí con la gigantesca industria de Cataluña, ni con los grandes cultivos de Andalucía, y aunque nuestra exagerada division territorial nos permite estar libres de la horrorosa plaga del pauperismo, no ofrece sin embargo medios idóneos pa-

ra terminar en Madrid las carreras literarias, pues los que á ellas suelen dedicarse por punto general, son los hijos de la clase media y tambien los hijos del pueblo, que la ciencia no reconoce razas ni gerarquias. Si, con o no esperamos, se viesen defraudadas nuestras mas halagüeñas esperanzas, podríamos afirmar, que no llegamos á las mas altas esferas del saber ni por falta de aplicacion, ni por indolencia, ni por capricho, sinó por absoluta imposibilidad.

Además, pide esto mismo la inmensa abnegacion que ha demostrado nuestro país en medio de los horribles dramas, que ha presenciado nuestra querida patria en dias que no pretendemos recordar. Y en efecto, solo Galicia ha permanecido entonces tranquila, pagando religiosamente sus tributos y sufriendo con estoica resignacion innumerales males: solo aqui se vió, que en medio del mas completo trastorno no abandonaba el industrial sus talleres, ni el labrador sus campos, ni el comerciante sus negocios, ni el estudiante sus trabajos literarios. Estos últimos, gracias á la existencia del Doctorado y de las Facultades de Letras y Ciencias, han obtenido los primeros lugares en casi todas las oposiciones, y han sobresalido entre todos los que aspiraban á conseguir la respetable toga del magisterio.

Seríamos interminables, si pretendiésemos exponer una á una las razones en que se apoya nuestra justa pretension. Prescindimos de pintar la situacion topográfica de Santiago, la falta de caminos de hierro, el gran número de escolares que aqui vienen de Cuba, Puerto-Rico y Provincias Vascongadas, y otras mil circunstancias que debieran tenerse en cuenta, si escribiésemos una Memoria, y á las cuales renunciarnos por no hacer demasiado enojosa nuestra exposicion.

Mas antes de terminar, necesitamos fijar dos hechos culminantes que favorecen la justicia de nuestra pretension. ¿No podremos pedir el Doctorado, los alumnos de la Universidad de Santiago, al observar que Barcelona, Sevilla y Granada poseen todas las facultades, á pesar de que la primera se halla en un pueblo que cuenta con poderosos recursos que no tenemos nosotros, y las segundas son provincias que casi se tocan?

La recta ilustracion del pueblo y la necesidad de mirar por el adelanto de la ciencia y el desarrollo de la riqueza en Galicia exigen sin duda esta acertadísima medida.

Además, desde el curso de mil ochocientos sesenta y nueve se ha dado en esta Universidad la enseñanza del Doctorado, y reglamentada esta de nuevo, aqui se ha formado el oportuno expediente que no ha merecido la aprobacion superior, quedando asi un considerable número de alumnos sin ver aprobado un curso, á cuyas lecciones habian acudido puntualmente. Es cierto que la angustiosa situacion del Tesoro público no permitirá llevar á práctica tan laudables ideas, mas ya que no sea todo, concédasenos al menos la autorizacion necesaria para cursar oficialmente estas

enseñanzas, pues no dudamos que las Diputaciones gallegas contribuirán a sostener el buen nombre del mas importante centro científico de Galicia, porque concen perfectamente estas ilustradas corporaciones, que todo lo que ayuda al progreso del saber humano es causa eficaz del aumento de riqueza y bienestar moral de los pueblos y de las naciones.

Fundados en estas razones, á V. M. Suplican se sirva acoger favorablemente nuestra solicitud, segun lo esperamos de la sabiduria y rectitud que le animan, así como del interés con que atiende todo cuanto puede favorecer al progreso de la ciencia.

Santiago 1.º de Setiembre de 1876. A. L. R. P. D. V. M.

(*Siguen las firmas.*)

## SECCION LOCAL.

ESTADO SANITARIO.—La bonancible estacion que viene reinando desde fines de Agosto, ha inducido una modificacion en la marcha y presentacion de los padecimientos dominantes en esta localidad, disu inuyendo no solo en su frecuencia, sinó que tambien en su carácter y tendiendo por lo tanto á la benignidad: así es, que las fiebres tifóideas, las de tipo intermitente y las calenturas gástricas é irritaciones del tubo digestivo, que con tanta profusion venian observándose, han disminuido notablemente, viéndose en cambio las de carácter inflamatorio, como las anginas, erisipelas, cartaros agudos y dolores articulares.

Este modo de ser que obedece meramente á una condicion atmosférica, no es otra cosa que un compás de espera en la presentacion de nuevas fiebres, por lo que es necesario tener suma prudencia, á fin de prevenir las graves enfermedades, que á no dudar se presentarán tan pronto como las lluvias reaparezcan.

La estadística necrológica arroja por lo tanto una idea satisfactoria del estado de salubridad de esta poblacion, puesto que las defunciones han sido bastante escasas.

COMISION GENERAL DEL CENTENARIO DEL P. FEIJÓO.—**Habiendo acordado esta Comision que el plazo para la admision de trabajos literarios que sus autores destinen al Certámen del 8 de Octubre, se prorogue hasta el 30 del corriente, se hace público para que llegue á noticia de las personas á quienes pueda interesar.**

Orense 9 de Setiembre de 1876.—El Presidente, *Marqués de Leis*.—Juan de la C. Izquierdo, Secretario.

Con motivo de la próroga de que se hace mérito en el anuncio precedente, creemos oportuno reproducir lo sustancial de las bases, publicadas ya en Marzo último, con arreglo á las cuales se ha de celebrar el Certámen en honor del Maestro FEIJÓO.

Habrán cuatro premios:

1.º Un premio de cuatro mil reales, para el autor del mejor *Estudio critico de las obras del R. P. M. Fr. BENITO JERONIMO FEIJÓO*.

2.º Otro de mil reales para el autor de su mejor y más completa *Biografía*.

3.º Una rosa de oro para el autor de la mejor *Oda* en castellano, en que se celebre a FEIJÓO como filósofo.

4.º Un pensamiento de oro y plata, esmaltado, para el autor de la mejor poesia en dialecto gallego, *A Galicia en el segundo centenario del nacimiento de FEIJÓO*.

Las obras que se presenten habrán de ser inéditas y originales.

La propiedad de las obras premiadas quedará reservada á esta comision, que acordará su publicacion y destinará sus productos á auxiliar la ereccion de un monumento á la memoria del ilustre Beneditino, hijo de esta provincia.

Se darán á los autores veinticinco ejemplares. Se otorgará *excessu* á las obras que lo merezcan á juicio del jurado. El accessit consistirá en mencion honorífica, reservando al autor premiado la propiedad de su manuscrito.

Los escritores que quieran tomar parte en el Certámen, remitiran sus trabajos á presidente de la comision, Sr. Marqués de Leis, en pliego cerrado y certificado, con un sobre interior, tambien cerrado, que contenga el nombre del autor, y en el exterior de dicho sobre un lema igual al que sirva de contraseña al manuscrito.

Regamos á todos nuestros colegas, y especialmente á los de Madrid y Galicia, se dignen reproducir en el primer número, el precedente anuncio de la Comision general del Centenario del Maestro FEIJÓO y el suelto que le sigue.

Nuestro querido amigo el reputado artista D. Federico Guisasola, llegará á esta Capital en los primeros dias del mes de Octubre, con objeto de enviar algunos dibujos á la *Ilustracion Española y Americana* de las próximas fiestas del Centenario del P. FEIJÓO.

Se espera tambien la llegada en dicha época de algunos distinguidos escritores gallegos.

Acostumbrados á tratar todas las cuestiones con el tacto y mesura que deben siempre resplandecer en las lides periódísticas, creeríamos faltar á nuestro decoro, descendiendo á discutir personalidades de la manera que lo hace *El Telegrama*, tan poco en armonía hasta con los principios más rudimentarios de la buena educacion.

El dia 15 del corriente se publicará probablemente el programa de los festejos con que se ha de solemnizar el 2.º centenario del ilustre FEIJÓO.

En el número anterior, por un error de caja, hemos dicho que los billetes expendidos en la Administracion del Sr. Murias habian sido premiados con 12,000 pesetas, en lugar de 32,000.

El dia 11 dará principio en la parroquia de Santa Eufemia del Centro, el Setenario á la Virgen de los Dolores. El último dia habrá Misa solemne y Sermon, que predicará el Sr. Penitenciario.